

Ángel del Riego Anta
Marta del Riego Anta

HISTORIA ÍNTIMA DEL BERNABÉU

Las noches madridistas
en las que todo fue posible

Prólogo de Manuel Jabois

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo</i>	13
1. LAS NOCHES EN LAS QUE TODO FUE POSIBLE	15
2. LA MUCHEDUMBRE	34
3. LAS NOVIAS	46
4. LA TUMBA DEL HÉROE	84
5. EL SILENCIO DE LOS ACANTILADOS	125
6. ¡VIOLENCIA!	133
7. EL GENERAL EN SU LABERINTO	161
8. LAS PRESENTACIONES	175
9. MENDOZA O EL ARDOR	189
10. FLORENTINO S. A.	204
11. VERSALLES Y EL HORMIGÓN	227
12. Y SE LEVANTARON DESDE EL BARRO	240
13. LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO	257
14. DEL ZIGURAT AL ACELERADOR DE PARTÍCULAS ...	273
15. EL NUEVO ARCA	291
<i>Bibliografía</i>	303
<i>Agradecimientos</i>	307

Prólogo

El madridismo de los hermanos Del Riego (Marta y Ángel) es un madridismo de La Bañeza (León), o sea, el de siempre: el de fuera, el que sostiene al de dentro y el que sostiene al extranjero; el inmortal. Desde La Bañeza se descifra el Madrid. Lo hicieron los Del Riego en su *Biblia blanca*, piedra filosofal; lo hace Ángel desde su Twitter y *El Confidencial* poniendo su frenética escritura al servicio del desciframiento majestuoso del ser blanco; lo vuelven a hacer los dos contando esta historia íntima del Santiago Bernabéu, que es como hacerlo contando la historia íntima de millones de personas, o sea, nuestra vida privada.

El Madrid ha sido en téntricos momentos de su historia un club gobernado desde un asador en el que cualquier comensal llamaba al entrenador y este se le ponía para hacer la portada, y pobre de él si se quedaba sin cobertura. Un club proclive a la dictadura ideológica y sensible al discurso impuesto: lo español por encima de lo extranjero *per se*; el tiqui-taca porque con él conquistamos el mundo y no jugar así es antipatriótico o herejía; filtraciones consentidas o lanzadas directamente por el entrenador, y todo por ahí. Al Madrid, cuando no está en crisis, se le organiza una rápidamente, así Ronaldo cumpla años y llene un autobús de amigas. Menos mal que al menos dio para una gran canción de La Costa Brava.

Mourinho no rompió la hegemonía del Barça como tampoco Cruyff rompió la blanca en sus dos primeros años —que dedicó a hacer malabarismos cada vez que veía al Madrid enfrente—, pero lo tuvo en órbita haciendo un fútbol de vértigo para llenar el Bernabéu de goles. El Madrid se extirpó suficientes complejos como para permitirse disfrutar del aire fresco que da saberse a la intemperie mientras se iban retratando todos los que creían que el equipo tenía que jugar así y asá, hablar de esto y aquello, perder de una manera y otra, solo por una suerte de evocación de un madridismo que hunde sus raíces en el tiempo en el que las cosas no tenían nombre.

Ajeno a causas identitarias y banderas de reivindicaciones históricas, liberado por tanto de la presión de ser el ejército desarmado de nada y sin la protección de la prensa, el Madrid se hizo no sensible al entorno ni a mangoneos, y en aquellos años se empezó a conocer —ya se había gestado en blogs como «Fans del Madrid»— una generación impresionante de escritores me-rengues, como Ángel del Riego, *Meseta* en internet, que destaca por su poesía, su distancia y su eco. Junto a la novelista Marta del Riego han vuelto al Real Madrid para psicoanalizarlo y exhibir el resultado en este libro deslumbrante que se da el lujo de contar así la última remontada europea de la Catorce: «La actual forma de entrenamiento, “toque y me voy”, juego colectivo por encima de la individualidad, táctica que abrumba el egoísmo innato del niño, hace que Europa esté llena de jugadores de nivel medio que dan un siete en todo: físico, rapidez, táctica, esfuerzo, disparo y solidaridad. Pero cuando falta el oxígeno, con eso no vale. Los soldados de plomo contruidos en el City fueron devorados por las llamas del Bernabéu. Y donde el Madrid ha levantado futbolistas inmunes a la catástrofe, el Manchester City tiene personajes de un belén viviente que se quedan inmóviles cuando no les llega el aliento de su artífice. Y el plan nunca funciona a partir del minuto 80».

MANUEL JABOIS

Las noches en las que todo fue posible

Descripción de las tres eliminatorias de Champions contra el PSG, el Chelsea y el Manchester City, donde el espíritu del Bernabéu empujó al Madrid hacia victorias más allá de la razón.

Emilio Butragueño compareció ante las cámaras. Sencillo y tierno como una virgen de Murillo, a Butragueño le tembló ligeramente la voz: «El sorteo ha sido lamentable, muy difícil entenderlo», dijo, carraspeó antes de darse la vuelta y se fue.

Esas palabras en boca del *Buitre*, significan lo mismo que la destrucción de una ciudad para Godzilla. Son formas diferentes de expresar un malestar interior. Butragueño, como directivo oficial del Madrid que es, ha hecho de la contención y el traje azul marino una forma de vida, sabiendo que los demonios del club blanco se desatan sobre el césped y nada más que sobre el césped. Así que el Madrid estaba contrariado.

El escenario era el sorteo de las eliminatorias de la Champions League 2021/2022, donde en primera instancia le había tocado el Benfica de Lisboa para medirse en octavos de final. Buen rival, ciudad cercana, país amigo. Hubo una serie de confusiones y el sorteo se tuvo que repetir. En segundas nupcias, al Real Madrid le toca el Paris Saint-Germain, el equipo de Sergio Ramos, de Lionel Messi, de Neymar y de Kylian Mbappé. Aquel diciembre de 2021 Butragueño se retuerce en su asiento. El PSG, un coloso permanentemente en llamas, contra un Madrid huérfano de significado. Un Madrid que, para modernizarse, había escogido el

pasado: Carlo Ancelotti. Al otro lado, Mbappé destructor de mundos, la promesa de una vida mejor con la que Florentino Pérez llevaba seduciendo al fiel creyente madridista desde hacía más de un lustro. Más allá de la dificultad, al Madrid no le convenía un enfrentamiento que podía dejar rencores en el futurible delantero francés, todavía objetivo prioritario del club de Concha Espina.

¿Qué es el PSG? Un mostrador del poder árabe en el centro neurálgico de Europa: París. Estrellas amontonadas como maniqués en un escaparate. Messi había llegado en el verano de 2021 y con él en la plantilla, el equipo parisino se convierte en la réplica de los galácticos de 2004. Jugadores fantásticos pasados de fecha y un equilibrio inestable atronador. Con más banquillo que aquel Madrid, pero con menos peso en la camiseta. Una superproducción. Quizás el *Titanic*. Pero, ah, los naufragios, qué hermosos son mientras se consuman.

9 de marzo de 2022. Las lonas azules cubrían una parte grande de un Santiago Bernabéu en obras. El público acudía sin muchas ganas a ver ese Madrid ni antiguo ni moderno, ni decadente ni espléndido que iba dibujando Ancelotti desde su pasmosa tranquilidad.

No era un equipo al que silbar, ceñudo y mezquino.

No era insípido ni era salvaje.

No era grandioso.

Tampoco era un Madrid de entreguerras, con personajes salidos de una comedia de situación, en los que el hinchas más visceral se ve reflejado.

No era un acto teatral sin salida, una parodia contra la que el público se levanta y hace ondear sus pañuelos.

Era como la voz de las olas para un navegante, un pequeño placer reconocible. A ratos era insinuante, otras rutinario. Pocas veces el juego era pleno, pero había una sensación de fondo: quedaba un acertijo por descifrar en ese equipo, tan ganador como ningún Madrid, tan agotado como el siglo XX, tan enig-

mático como la realidad. Porque es un enigma que los mismos jugadores construyan pequeñas civilizaciones diferentes de año en año. Zinedine Zidane se había ido con su sonrisa inescrutable, con la que sellaba una época gloriosa, y Ancelotti fue el siguiente elegido. Tras el ascetismo institucional del francés, ¿se buscaba la continuidad, la normalidad, quizás la nada?

No puede haber normalidad en un club hecho de un horizonte de victorias sucesivas sin principio ni final. Y la continuidad la darían los jugadores, que eran casi los mismos. La impronta de Casemiro, Toni Kroos y Luka Modrić es un sello que traspasa entrenadores, épocas y estados de ánimo. Se jugará a lo que salga de sus botas. Y como el público del Bernabéu iba a comprobar en esta Champions, dentro de un partido de fútbol caben eras enteras, glaciaciones, guerras, hambrunas, sometimiento y éxtasis. Una construcción megalítica dentro de la cual impera un orden sagrado. Vayamos a los hechos.

Primero fue la derrota: ida contra el PSG

En el partido de ida contra el PSG, a mediados de febrero de 2022, el Real Madrid perdió por 1-0. Los parisinos fueron superiores en todos los parámetros en los que el fútbol se puede medir. El Madrid resistió hasta que un Mbappé abrumador traspasó la portería de Thibaut Courtois. Todo aquello que se cuchicheaba del Madrid, parecía cierto. Un equipo de otra época que atacaba por erosión. El fútbol se proyectaba hacia una velocidad desconocida, pero en el Real Madrid las cosas seguían como siempre. Un mediocampo gélido y pausado que no quería soltar la pelota por miedo a no volver a recuperarla. Modrić y Kroos parecían haberse convertido en folklore. Eran el tañido de la tradición que entona su canto circular, fuera ya de los caminos de la vida, encarnados de forma abrupta por Kylian Mbappé, que parece salido de otra dimensión, más nube de probabilidades que jugador de fútbol.

Ese Madrid, enrocado en la lentitud exquisita de sus figurones, que pierde el tren de la historia es ya una de las muchas tradiciones del club. Al ser el jugador el centro de todo, cuando hay un cambio de era, nadie se da por aludido hasta que llega la masacre. Aquel 5-0 del Milan de Arrigo Sacchi que enterró los sueños de grandeza de la Quinta del Buitre o los cuatro goles con los que el Liverpool de Rafa Benítez acabó con el último Raúl. Esas catástrofes históricas gravitaron sobre el partido de ida, pero sucedió una cosa: la inercia de los imperios. Un grupo de campeones no se deja golear y menos si lleva la camiseta blanca. La resistencia absurda a la derrota fue la música de ese 1-0. A ratos los madridistas parecían marineros achicando el agua con un par de cubos oxidados. Cubos con un agujero en el fondo.

Modrić o Kroos cuidaban cada pelota, sabiendo que podía ser la última; Vinícius braceaba allá a lo lejos, crucificado contra la banda; y Karim Benzema era asaltado sin miramientos por chavales más suburbiales que él, cada vez que intentaba apoderarse del balón. Este Madrid es un equipo consciente de sí mismo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad y decidió contener la marea, ya que no le era posible navegar en esas aguas encrespadas. Eso es competir. Algo oscuro, inexpresable que se hace carne en los ademanes torvos de Casemiro, que tiene su centro de mando justo en el lugar donde los rivales quieren elaborar sus sueños de gol. Y Casemiro tiene una maza y los devuelve a la realidad.

Una jugada final donde Mbappé se hace onda-corpúsculo entre Éder Militão y Lucas Vázquez y ejecuta a Courtois con la violencia de un animal salvaje, decanta la victoria del lado parisino. Para los comentaristas, el Madrid no había sido nada y el PSG lo había sido todo, pero la eliminatoria estaba viva y allá al fondo, en la Castellana, latía el Bernabéu, hormigón y espíritu tan altanero como voluble.

Ancelotti I o la simplicidad

Desde el principio de la temporada 2021/2022 se había instalado una idea en la afición merengue. Esta era una época de transición. Las posibilidades del equipo habían sido agotadas por Zidane —semifinales de Champions, Liga perdida en el último partido— y el dinero grande estaba en otros sitios, regando otros campos donde florecía una naturaleza automática ideal para empaquetar en las televisiones, pero sin verdadera vida, o eso pensaba el hincha madridista mientras descifraba cada mañana el tráfico de la M-30.

El jugador español está encerrado en la ley moral que se impuso con la consecución del campeonato del mundo del 2010. El fútbol de posesión. Es educado en una maraña de pases que no lleva a ninguna parte. Un estilo tan endogámico que los delanteros españoles no meten más de doce goles cada año y los centrales piden perdón por existir. Así, el Madrid no puede pescar en los caladeros hispánicos y debe mirar al mercado internacional o a los adolescentes sudamericanos, quienes no han sido domesticados y llevan por dentro al niño libertino e imprevisible que debe ser el origen del gran jugador. Vinícius, Rodrygo, Fede Valverde y Militão eran los futbolistas en los que el aficionado blanco confiaba para que se diera la ansiada metamorfosis del equipo.

Carlo Ancelotti llegó de nuevo al banquillo tras la marcha de Zidane en junio de 2021. Los sueños de cambio se desplomaron. La prensa lo recibió con escepticismo y la afición se encogió de hombros. Transición era la palabra, pero ¿hacia dónde? Más bien repetición, agotamiento, decadencia. El Madrid fichaba a un entrenador para no molestar a ese grupo de aristócratas en harapos que conformaban el meollo de la plantilla. Modrić, Kroos, Karim eran queridos y admirados, pero no permitían soñar, su jubilación estaba cerca. Y la estrella era Vinícius un chico que piensa como un brasileño y ejecuta como un actor de cine mudo. Refractario a la razón y al método científico, el delantero carioca levantaba

un rumor que pocas veces se convertía en aplauso en el coliseo blanco.

En 2013, después del tornado que desató Mourinho, se miró a Carletto como un brindis de Florentino a su vieja debilidad: entrenador dúctil con el presidente y amable con las grandes figuras, sin desvaríos tácticos ni salidas de tono. La gente estaba aburrida antes de que el balón echara a rodar. «Ancelotti viene a jubilarse», decían y el juego en un principio parecía darles la razón. La velocidad irracional del equipo empujado por Cristiano Ronaldo y alentado por José Mourinho desapareció. También las goleadas increíbles. Y las ruedas de prensa inflamadas que abrían los telediaros.

Ancelotti salió a la palestra y dijo: el fútbol es simple. Los analistas se burlaron. Qué iban a hacer ellos si el fútbol fuera simple. Un hombre que reconocía que sus charlas tácticas no duraban más de 15 minutos. Un vago. Alguien de la antigüedad.

El equipo iba mejorando ante el silencio del Bernabéu. El italiano gusta de los jugadores que duermen con la pelota desde pequeños. Isco, Modrić, Karim o Di María. Y del equilibrio sobre el césped. Los jugadores toman las decisiones, pero saben muy bien cuáles son sus responsabilidades. Es una democracia a la manera de las fábulas amables de los niños. La mirada de Carletto era clara y el equipo fue soldando sus fracturas internas según transcurría la temporada. Un estilo más lento, más seguro, menos provocador que el de José Mourinho. Cierta morosidad en la posesión comandada por Modrić.

Ya no se sorteaban los balones para que la estrella furibunda los mandara a los tejados. Pepe y Ramos, los centrales, eran una máquina psicótica propensa al error monumental, que desde que Ancelotti los besara en la frente se llenaron de virtud. Carlo había simplificado el Madrid, haciendo un equipo a la medida de los jugadores, Xabi seca la pelota, Modrić salta de eje, Isco pausa y condimenta, Karim decide y merodea: hace surgir. Y Cristiano mata y arrastra al mundo con sus desmarques. Di María está para servirle a usted. El chico de

los recados que desde el interior izquierdo agita el partido entero. Un invento de Carlo, que sabe reformar habitaciones y lugares para los jugadores especiales. Las órdenes eran básicas: no dejen la puerta abierta, atiendan a su espalda por si aparece el impostor. Replieguense por las escaleras laterales, por favor. Y el Madrid nunca estuvo mejor colocado sobre el campo.

Ganó la Décima. Una Champions como una travesía por el desierto. Carlo ascendió a los cielos, pero la siguiente temporada fue fulminado desde ellos. Los jugadores se habían hecho con los mandos de la función y se pasaron la mitad del año fingiendo sobre el campo. Cuando llegó el momento que separa las aguas —abril—, el telón ya había caído y el público silbaba enfurecido. Era 2015, Ancelotti saludó con elegancia, algo entristecido, y partió hacia otras tierras menos ásperas.

Ancelotti II: un artesano en palacio

Pero volvamos a 2021. Europa está cosida al ritmo infernal de la Premier League. Modrić parece una estrofa de un viejo poema medieval. Ancelotti comienza a explorar los límites de la plantilla. Eden Hazard y Gareth Bale son titulares. Nombres rutilantes con sueldos absurdos y sin una gota de fútbol en su interior. El italiano los mira en su deambular por el césped y sonrío. Ya no volverían más. Carlo sabe construir lo nuevo sin luchar teatralmente contra lo viejo.

De repente Vinícius parecía salido de un ensueño. Donde antes había un esperpento, ahora había una obra de arte. El brasileño es un tipo de demonio que nunca había corrido por las praderas del Bernabéu. Si el sentido común fuera un mar, Vinícius sería un desierto. Es lo imprevisto, lo que no se puede pensar. Lo necesario en el último tramo del campo donde un jugador es un animal en la selva. Solo los niños y las gentes de corazón puro lo comprenden.

Ancelotti le había dicho que se relajara en el último paso antes del gol. Que fuera sencillo ante la portería, que se dejase guiar por el instinto. Y esas palabras lo transformaron. «Yo no soy el entrenador. Soy la persona que entrena», le dijo a Jorge Valdano en una entrevista. Un artesano, como los antiguos maestros del románico, cuya obra prevalecía y se hacía eterna por haber sido construida para una comunidad.

Ancelotti no es un revolucionario. Él llega a una nueva nación y asume sus costumbres, su ley, su imaginario colectivo y la política interna. Y sabe para qué pueblo trabaja. Sus caminos son suaves, naturales, como si no existieran. Pero existen. ¿Un clima templado no es clima? Parece que solamente las nieves o los tornados lo sean, pero no es así.

Desde la Segunda Guerra Mundial se vio en Europa que las revoluciones no eran posibles. Había una gran masa de ensayistas, escritores, críticos, artistas y periodistas, obsesionados con la idea cristiana/marxista de la revolución. Se quedaron atrapados en el ámbar de las grandes palabras. Así que se trasladó el foco de la sociedad al arte, y los artistas que hacían saltar los códigos o el lenguaje eran vistos como iluminados. Con la decadencia del arte atrapado entre galerías y museos y la conversión del cine en espectáculo de sobremesa, eso también se acabó.

Pero quedaba el fútbol, donde todavía se erigían ídolos y dioses. Y a partir de Mourinho y sobre todo de Pep Guardiola, los entrenadores se convirtieron en profetas. Pep como heraldo de un mundo mejor. Un nuevo lenguaje innovador. El *rock and roll* de Jürgen Klopp. Una táctica revolucionaria, nueva, reluciente, incandescente y fatal. Los periodistas futboleros convertidos en analistas, ensayistas; brillando entre la chatarra de los bares.

Y Ancelotti, que repite: el fútbol es simple. Y todas las máscaras se caen porque gana y proyecta la idea verdadera de un mundo mejor sobre el campo. Como un arquitecto distante y sabio que deja a sus criaturas libertad para errar y superar esos errores. Consigue encajar las piezas de una manera surreal y, a la vez,

absolutamente natural. Su equipo es un organismo vivo donde cada uno protege las debilidades del otro y potencia sus virtudes.

El misterioso animal despierta: vuelta contra el PSG

Pero estamos en la vuelta de la Champions, Casemiro y Ferland Mendy, puntales en la defensa, no juegan por sanción. El equipo solo se estira por el lado de Vinícius. El medio campo está falto de energía, es llevado por el oleaje y no puede dominar ni presionar a los rivales. Hay que levantar un 1-0 y eso parece imposible. ¿Qué hacer?

Steve McManaman y otros comentaristas ingleses daban por descontada la eliminación del Madrid. Decían que era un conjunto sin ritmo, con un físico escaso, con buenos jugadores muy envejecidos, sin automatismos, mal entrenado por Ancelotti —una buena persona que deja a los jugadores a su libre albedrío—, sin verdaderas estrellas desequilibrantes. Un equipo que hacía un fútbol antiguo, como un trasatlántico que surca los mares a su antojo sin recalar en ningún puerto, donde siempre suena la misma música y que va quedando aislado de todo, de la historia, de los adelantos científicos, de los sonidos que mueven el mundo.

Antes del partido la muchedumbre se arremolina alrededor del autobús del Madrid en su llegada al campo. Un bosque de bengalas ilumina las calles. Entre el humo surgen los caballos de la Policía que flanquean el vehículo. Hay una llama a medio gas en el estadio que necesita ser prendida por el equipo. De momento, hay una parte del público que aplaude a Mbappé cuando sale a calentar. Es una pequeña traición. Es la fracción del Madrid infectada por los excesos del deseo, de la imaginación. Son los que prefieren un futuro resplandeciente al presente que les ofrece el club.

En el principio del encuentro el Madrid intenta el fragor, pero no le sale. El partido de ida se desliza en el de vuelta. El

público parece que anima, pero se va enfriando. Los cánticos se vuelven deshilachados y llega el silencio. Solo se oye correr a Mbappé y el latido profundo del estadio que queda en suspenso. Hay algo de mentirijilla en los intentos del Madrid, como si el espíritu del Bernabéu se hubiera congelado en las lamas metálicas que amenazan con taparlo. Resuena el vacío en el estadio y es algo que se transmite a la televisión. Una sensación de fin de raza, de hombres sin destino, de un club sin alma, solo megafonía y trajes azul marino. Quizás los ingleses tenían razón. Un campo que solo asusta a las viejas y fascina a los historiadores. Un club-museo con una sala donde Modrić y Kroos se pasan virtualmente la pelota y Zidane repite infinitamente su volea a la escuadra de la portería en Glasgow.

Tampoco el PSG es el futuro. De hecho, es una parodia de los galácticos que ya eran en sí mismo una caricatura del Real Madrid. Es un equipo partido a la mitad pero hecho con los mejores ingredientes. Son más fuertes, más sanos, más rápidos que los blancos; entretejidos por un Messi menor y el Neymar zascandil de siempre, y con un insecto letal contra el que la defensa del Madrid parece el museo de cera. Hay una pérdida de Carvajal, que está nervioso y cuando está nervioso se asemeja a un perro persiguiéndose la cola. Neymar da un pase al vacío y allá que va Mbappé dejando una estela de admiración sobre el césped. Mbappé, que parece salido de un documental del National Geographic. No controla el amague ni tiene ese dominio sudamericano del balón, pero es la muerte cabalgando.

Fue gol y el silencio se hizo tan denso que costaba respirar.

Ya no había aplausos para Mbappé. Cuando recibía en la frontal, todos entre el público notaban ese metal pesado en el estómago de cuando los miró la primera chica. Llegó el descanso, malas caras, pero la resignación había desaparecido del ambiente. El Madrid se había soltado como siempre que el resultado parece irreversible y comenzó a jugar con desesperación. Había una ira contenida en el equipo y en la afición. Como si desde fuera, se

intentara borrar al Real Madrid del centro del fútbol, a través de la UEFA, del dinero cautivo del petróleo, de la propaganda inmisericorde de la Premier. El estadio ya no estaba en silencio. Cada jugador decidió llevar su máscara hasta el final. Carvajal sacaba del campo a Mbappé de un codazo en la cara. Benzema había dejado los susurros y remataba cada vez más cerca del gol. El misterioso animal que late en el Bernabéu había olido esa sustancia que solo emana de la Copa de Europa, y en las gradas estaba otra vez el canto y el grito, y una tensión nueva envolvió el partido.

Pero al otro lado seguía Kylian, casi como un destino fatal y en el minuto 53 marcó otro gol, deshaciendo a Courtois con una bicicleta fascinante. Revisión del VAR con el corazón en vilo. Era fuera de juego. Ancelotti entra en el partido y saca a Eduardo Camavinga y a Rodrygo por un Kroos agotado y un Asensio invisible. La danza de Karim comenzó a ser indescifrable mientras Vinícius parecía llegar a todos los sitios corriendo entre espirales de locura. El partido estaba a un centímetro del caos, con una tensión como una capa de hielo que estaba a punto de quebrarse. Fue un balón inocente que le tiraron a Gianluigi Donnarumma. Benzema se hizo el bobo, cazó al portero del PSG en un renuncio y disparó un gol en la boca de París. El Bernabéu se prendió como el infierno y todo comenzó a caer hacia atrás. Siempre es Benzema el que aprovecha esas pelotas que se caen de los tejados.

Faltaba otro signo en la arena y compareció Modrić. Un balón arrancado a Messi y una carrera hacia su juventud, coronando picos, perseguido por media docena de perros de presa hasta que, en plena agonía, suelta el balón, que le llega a Vinícius que sigue corriendo y se para. Todo se recompone, el público carraspea contrariado, pero se la devuelve a Luka; ¡es Modrić!, exclaman los niños. Y Luka sopla y aparece Benzema al que no habíamos visto, pero se había hecho una casita en lo íntimo del área. Se da la vuelta y juega a ser un delantero centro de los de verdad, de los que cruzan la pelota lejos del portero y los viejos asienten y dicen: así debe ser. Y claro, es gol, el 2-1, y entonces se desatan

los perros del apocalipsis que llevaban años arañando las paredes. Y se desatan para no volver.

Los futbolistas del PSG eran meras comparsas en una obra histórica y ya tenían plena consciencia de ello. Sus jugadores estaban espolvoreados sobre el césped sin un centro moral que alterara la corriente del partido. Messi caminaba cabizbajo. Mbappé miraba a la grada, y no entendía.

Un minuto después, Karim Benzema vuelve a marcar en una jugada inexplicable excepto para un niño o un imbécil.

Todo lo que sube, converge. Karim salió de su cuerpo en una celebración que fue una metáfora de la felicidad. Había metido tres goles. Era capaz de parar el sol con una palabra. David Alaba alzó una silla blanca al cielo, componiendo la imagen del partido y demostró que había entendido al Madrid perfectamente.

El lenguaje de los santos

Este espectáculo, que no fue un espectáculo y al que todavía hay que poner un nombre, fue visto por toda la Europa sabia y analítica y por el resto del mundo que simplemente quiere disfrutar.

Pero la Europa sabia y analítica no se lo tomó muy en serio.

Cosas del Madrid, dijeron. El PSG no es un equipo de verdad y se desmayaron ante los acantilados del Bernabéu. Tienen mística los blancos, eso hay que reconocerlo, pero ante los conjuntos ingleses, todo eso será una máscara. Será como oponer la magia del hechicero a una división *panzer*.

Sin embargo, a pesar de lo que dijeran los analistas, en el Madrid se habían ido operando cambios desde principio de temporada. Es la era Ancelotti y aunque la pendiente sea suave, todo fluye hacia algún lugar. El equipo comenzaba a funcionar en un 4-4-2 mutante, donde Fede Valverde es el hombre en España que lo hace todo.

Vinícius y Benzema se bastaban para volver locos a una generación de defensas.

Modrić no puede con el alma, pues se le pone a ordeñar un terreno muy pequeño flanqueado por Fede y Casemiro.

Vinícius y Mendy corren por Kroos, al que solamente le hace falta su velocidad mental y el terciopelo de su pie derecho.

Militão le hace el juego sucio a Alaba, y Rodrygo entra en las segundas partes para ponerlo todo patas arriba.

El Madrid, al contrario que los equipos del norte, manejaba varias marchas. Hería desde su lentitud solo con la promesa de Vinícius y contraatacaba con verdadera saña cuando el partido lo requería. Había jugadores en mala forma como Casemiro y otros que iban quedándose parados como Kroos. Pero el espíritu superior del conjunto y su solidaridad tapaban los grandes agujeros. Era lo contrario de lo que se suponía que debía ser un equipo contemporáneo. Una anomalía en el palacio más espléndido de todos. Por eso, quizás, no se lo tomaban en serio.

Los grandes equipos de Europa son autómatas muy predecibles, como el perro metálico de Boston Dynamics. El Madrid es algo muy humano, dirigido por una inteligencia superior comunitaria y cuyos brazos renacentistas son sostenidos por jóvenes entusiastas. Es un equipo orgánico, no automático. No responde a los estímulos de manera gratuita ni fácil. Busca los vericuetos para doblegar el área rival, cada vez de una forma diferente.

Chelsea: el estadio pierde la compostura

Llegó el partido de cuartos de final contra el Chelsea.

En la ida, el Madrid hace un partido europeo, manejando los vientos, la pelota y los espacios como si todo eso hubiera sido inventado por los blancos. Gana 1-3.

Llega la vuelta el 12 de abril y llega la indefinición. Terreno fatal para cualquier equipo. Los blancos se quedan paralizados y

solo resisten. El Chelsea va marcando goles hasta el 0-3. Restan 15 minutos. Todo está perdido. O eso dicen.

Pero en ese tiempo entra una glaciación en este campo.

El miedo no existe, se perdió contra el PSG, que fue una terapia a gran escala inolvidable. Vuelven a salir Camavinga y Rodrygo, por Kroos y Casemiro. El grito del Bernabéu se convierte en metal hirviendo. Hay un corte de Alaba y Modrić recibe en zona de nadie, rodeado de enemigos que sellan todas las salidas. Da un pase con el exterior que solo él puede soñar y al otro lado está Rodrygo, que surge de entre la niebla y marca. Tan limpia y sencilla, la jugada pareció obra del Espíritu Santo. La eliminatoria está de nuevo empatada y los mismos perros de la noche que asolaron a los parisinos se desatan sobre el césped.

El Bernabéu es un estadio que pierde la compostura.

De ahí la extrañeza de los que lo padecen. A ratos sumerge los partidos en un frío, que parece el de los edificios oficiales. Pero basta un detalle para que la angustia se convierta en rabia, y aquello que parecía indiferente, alcance las proporciones de un cataclismo. Y Luka Modrić es un rey en los detalles. Contra el PSG, su carrera fue un acto de rebeldía que partió en dos el encuentro. Contra el Chelsea vio lo que no existía, como si sus ojos atravesaran el tiempo. Lo que vino después es el Real Madrid levantándose contra la muerte. El escenario favorito del anfiteatro blanco, que solo rompe sus ataduras cuando todo se vuelve irreversible. A partir de ahí el Madrid reina en el caos, con las ánimas danzando de la mano de los futbolistas, todos en comunión con un público transfigurado que más tarde negará lo ocurrido como víctima de un secreto pudor.

Hay una prórroga y los defensas madridistas van cayendo. Dani Carvajal, con su metro setenta del desarrollismo, es el nuevo central y Marcelo un lateral en bata y pantuflas. Llega el tiempo de la agonía porque los ingleses no se paralizan. Son un equipo de verdad y deben ser vencidos uno a uno. Y lo son. Ven-

cidos y pasados a cuchillo en un Bernabéu extático, al que su imaginación siempre lleva más allá.

El más allá del Manchester City

Ese más allá es el Manchester City —el siguiente en la lista—, por unanimidad, el gran equipo de nuestra época y, otra vez, un rival de una calidad infranqueable para este Madrid, frágil pero corajudo, lento pero espiritual. O eso dicen los británicos, no tan convencidos ya, pero aportando datos y hojas de cálculo del todo irrefutables.

El City es un equipo esculpido a placer por Guardiola. Cada jugador lleva dentro las trazas de su creador y en el vértigo de su juego, se aprecia un fanatismo (el de Pep) que, aunque aleja al City de lo banal, no lo acaba de conectar con esa laguna Estigia que es el verdadero fútbol. Un paso angosto en el que debe adentrarse el jugador con la única compañía del balón, su coraje y su inteligencia. En los equipos de Guardiola como en los de Klopp, prevalece la voluntad del único artista permitido: el entrenador, que quiere que sus discípulos dibujen sobre el césped todo lo que antes previamente han imaginado. Algo así como una espontaneidad planificada.

La actual forma de entrenamiento, «toque y me voy», juego colectivo por encima de la individualidad, táctica que abruma el egoísmo innato del niño, hace que Europa esté llena de jugadores de nivel medio que dan un siete en todo: físico, rapidez, táctica, esfuerzo, disparo y solidaridad. Pero cuando falta el oxígeno, con eso no vale. Los soldados de plomo contruidos en el City fueron devorados por las llamas del Bernabéu. Y donde el Madrid ha levantado futbolistas inmunes a la catástrofe, el Manchester City tiene personajes de un belén viviente, que se quedan inmóviles cuando no les llega el aliento de su artífice. Y el plan nunca funciona a partir del minuto 80.

La táctica se erige contra la angustia. La táctica se construye contra la ambigüedad. Pero el azar no se puede domesticar hasta las últimas consecuencias. Los estados lo saben bien. El jugador madridista, cuando está hecho al hierro, ama la angustia que tantas veces ha respirado en el Bernabéu. El caos, el desorden que emana de la grada, los partidos rotos, deshilachados llenos de cristales y de esquinas, deben ser amigos del futbolista si el futbolista quiere triunfar en el Madrid. Vinícius es muy importante en eso porque su fe es absurda, ilimitada y su capacidad de ataque tampoco tiene freno. Es el hijo del caos, y el caos lo corona como su único rey. Pero Vinícius siempre con Benzema, porque sin él, el brasileño está como el hombre contemporáneo: rodeado de mucha gente, pero en el fondo, solo. Ese es el tipo de equilibrio que busca Ancelotti. Una naturaleza viva que admita el imprevisto y crezca con él.

En la ida de las semifinales contra el City, el Madrid se presentó sin Casemiro, un sistema defensivo en sí mismo. El equipo de Guardiola tiene un tejido de pases muy intrincado, nada fácil de desbrozar. Es suficiente una brecha en la defensa para que entren como agua por el agujero. Y en la frontal del Madrid estaba la sombra de Casemiro, pero no él de cuerpo presente. Hubo dos goles rápidos y el Madrid se encomendó a Benzema, justo de físico, pero con un latido místico que no se veía desde Zidane. Cada toque suyo era el terror en el City.

2-1 al descanso, y comienza el segundo tiempo con otro gol de los ingleses.

El Madrid estaba apelmazado en el área, sin plan y corto de físico, llevando al límite lo que en los corrillos se decía de él. Para Modrić y Kroos el campo era infinito. Como aquellos pasillos del colegio que nunca recorríamos enteros cuando niños. No había ataque reconocible, solo Vinícius y Karim, suficientes ellos dos para echar abajo las murallas de Jericó. Cuando amenaza la goleada, el brasileño se va de Ferdandinho con un amague a 50 metros de la portería. Él solo contra llanura y el destino. Y es gol.

Hubo otro gol en cada portería, y así hubiera sido para siempre si el partido llega a entrar en un bucle infinito. El City era superior y marcaba por estructura y élite, el Madrid devolvía el golpe desde el caos y el talento.

4-3 y el Bernabéu que espera.

«En este campo ocurren cosas»

El 4 de mayo de 2022 es el partido de vuelta contra el City. Una muchedumbre enfervorizada acompaña al autobús hasta el templo del paseo de la Castellana. El madridismo es una marea humana que no tiene dudas y entra en el partido con un volumen atronador. Pasan muchas cosas en el primer tiempo, pero ninguna es gol. Pasa la vida delante de los aficionados y aquel rugido del principio es historia. Las semifinales son el tiempo del miedo y el miedo se hace presente. Pero el Manchester City comete un error. Marca un gol en el minuto 73 convirtiendo un silencio tenso en un vacío trágico. Algunos aficionados abandonan el estadio. Ancelotti cambia su medio campo en pleno y saca a Camavinga, Marco Asensio y Rodrygo. Los ingleses encuentran todos los pasos abiertos y llegan por oleadas a la portería de Courtois. Mendy saca un balón de la raya de meta.

Son dos goles de ventaja y va a llegar el final del partido.

El paso se vuelve cada vez más angosto y el estadio sigue latente. No está ni vivo ni muerto. Espera a que el espíritu se haga presente.

Un Camavinga imperturbable le pone una rosca muy dulce a Benzema, que entra por la izquierda y centra a lo frondoso de un área infestada de jugadores británicos. Rodrygo, levísimo y profundo, aparece de entre los muertos y marca un gol que se grita con el ansia de los hambrientos. Resuena el grito fuera del estadio donde los que lo habían abandonado intentan entrar y ya no pueden. Las puertas que dan entrada a la felicidad están selladas

para ellos. Se ha cumplido el minuto 90 mientras los jugadores celebran el gol, la megafonía canta el tiempo de prolongación: 7 minutos. El alarido es tremendo.

Guardiola se queda parado, quieto en la banda durante unos segundos hasta que comienza a dar órdenes frenéticas. Los jugadores del City son estatuas de lava en las ruinas de Pompeya. Sobrecogidos, con ganas de dejar una función que no es la suya, a partir del gol blanco representan un papel. El Madrid ya no suelta el balón. Carvajal pone un centro y Rodrygo salta y salta hasta llegar a una pelota que parecía fuera de su alcance. ¿Quién lo mantuvo en el aire? Es un misterio. Pero la realidad es un balón alojado en la red.

Hay otra prórroga y otro gol de penalti de Benzema. Eso fue intrascendente. El Madrid había edificado la remontada definitiva. Un éxtasis de dos minutos en el que está condensada la razón de existir de un pueblo.

Butragueño, con una leve sonrisa, sentenció ante los periodistas: «En este campo ocurren cosas».

Semanas después, el equipo blanco jugaría la final contra el Liverpool de Klopp. Courtois, el gigante amable de las fábulas, sería el trasunto mágico del partido. El gol fue de Vinícius. Una miniatura del Madrid, parsimoniosa y exacta, que saca el balón de su área como si transportase un tesoro inca. Modrić pausa con su respiración y abre la grieta. Valverde acelera por la banda a una velocidad razonable, pero imposible para los rivales. Suelta un latigazo que cruza en diagonal el área de los *reds* y al otro lado encuentra al extremo brasileño. Gol. Historia terminada.

Así, el Real Madrid culminó un cántico espiritual, cimentado en unos jugadores que se fundieron con su sombra para hacerle una reverencia a la historia.

El Bernabéu. Una hierba impoluta, de tantos muertos que hay debajo.

GLOSARIO

Carlo Ancelotti

Carlo Ancelotti (Reggiolo, 10 de junio de 1959), exfutbolista y entrenador italiano. Ha pasado en dos etapas por el Real Madrid: de 2013 a 2015; y desde junio de 2021 hasta la actualidad.

Cuando llegó al Madrid en junio de 2013, Ancelotti parecía la antítesis de Mourinho: conciliador en el vestuario, sabía conseguir un ambiente de compañerismo entre tantos egos. Florentino le había regalado una plantilla descomunal y, por fin, muy compensada. Con Isco como mediapunta invitado, y canteranos como Álvaro Morata, Jesús y Carvajal, el Real Madrid tenía un once infinito de recursos y talento. Pero el nuevo galáctico era Gareth Bale y debía coincidir con Karim Benzema y Cristiano Ronaldo. Eran las órdenes de la superioridad y Ancelotti se puso a ello. Cuando el equipo encontró el toque, el ritmo y la precisión, el mundo del fútbol reaccionó como si fuera una manada de bóvidos que se vuelven ante el depredador; miró y se quedó petrificado ante el acontecimiento: el Real Madrid jugaba bien al fútbol. Había llegado la BBC.

En su segunda venida, y ante el escepticismo de todos —llega a un equipo en transición, no hay nada que hacer, ¡y después de Zidane!— ha vuelto a hacerlo. Con él, que parece que no manda, sin embargo, todo fluye hacia algún lugar y logra la conjunción espaciotemporal de todos los ingredientes, los jugadores, el césped y el balón volando hacia la portería. Porque Carlo Ancelotti no es un cualquiera. Es un italiano de campo con ojos que todo lo ven. Se crio en el Milan de Sacchi. Equipo brutal y exquisito donde el equilibrio reposaba sobre sus hombros. Ganó como entrenador dos Copas de Europa con el Milan de Kaká, y después su figura se volvió lejana, como si ya hubiera pagado su deuda con el fútbol. Pero seguía ahí, esperando. Hasta que Florentino lo recuperó.

Ahora Ancelotti es ya parte del Madrid; ha anunciado que cuando termine su contrato con el club blanco se retirará del fútbol.